

PARLAMENTO

Muchos elementos han quedado de manifiesto con la detención del ex general en Londres. Algunos son de índole jurisdiccional; otros tienen que ver con conceptos como soberanía y patria; hay también los vinculados al problema de los derechos humanos. Sin embargo, la síntesis de todos ellos tiene que ver con la tremenda fuerza del problema ético que se nos ha venido encima: justicia, verdad, arrepentimiento, soberbia, intolerancia, verdad, reconciliación, son todos conceptos que encontramos dentro de ese marco. No existe ningún camino de solución que no pase por la vertiente ética.

El caso Pinochet nos llega providencialmente. Podría incluso utilizarse el viejo refrán de la "justicia divina". Cuando se habla de ello es porque la "justicia terrenal" estuvo ausente, porque no se hizo cargo de los delitos, porque en definitiva avaló la impunidad. Lo más relevante de todo esto es que puso en evidencia que nuestros tribunales no han hecho, ahora (porque en tiempos de la dictadura fueron obsecuentes con ella), todos los esfuerzos para descubrir la verdad y aplicar la justicia.

Surge entonces una primera cuestión, que es importante comenzar a abordar para delimitar los alcances de la discusión y la posible solución a saber: si aspiramos a una justicia total o a mayor grado de justicia; en otras palabras, ¿cuánta más justicia queremos y hasta dónde queremos que alcance?

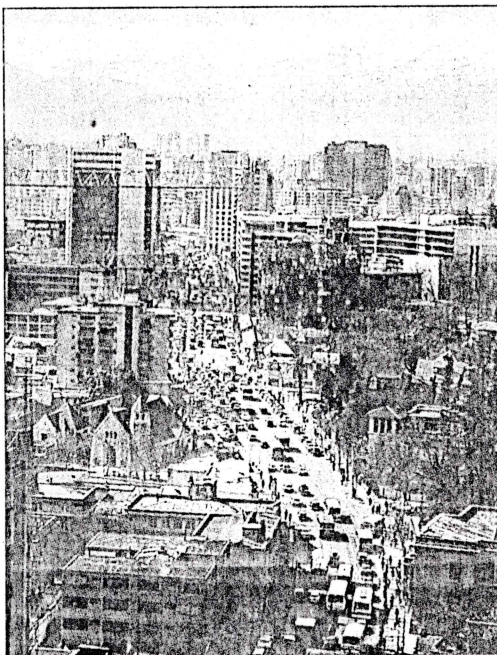
Algo de esta justicia hemos podido aplicar, el saldo no es absolutamente mezquino: Contreras y sus cómplices están en la cárcel; también los culpables del caso degollados; se acaba de detener a

Corbalán por el caso Albania; sigue la investigación por el asesinato de Prats y hay un detenido en Argentina; Pinochet está procesado en Londres.

Además, se ha establecido definitivamente la verdad, pues hoy nadie duda, ni siquiera los partidarios más obsecuentes de Pinochet, de que durante su mandato se violaron sistemáticamente los derechos humanos, constatación que tiene una enorme trascendencia para el juicio contemporáneo e histórico del gobierno de Pinochet. Y este juicio moral también es una forma de hacer justicia.

Por eso es tan importante la actitud ética a que nos llamó la Conferencia Episcopal: verdad y justicia; arrepentimiento y perdón, mas el perdón sólo será posible en la medida en que los responsables de violaciones de derechos humanos expresen su arrepentimiento; su voluntad no sólo de reconocer las arbitrariedades cometidas sino, además, su voluntad expresa de no cometerlas nunca más, independientemente de las circunstancias que viva el país. Y esta es una cuestión central. Hasta ahora hemos puesto el énfasis en la verdad y la justicia y no

Soberbia y arrepentimiento



hemos sido suficientemente enfáticos en otros valores que son indispensables para cuadrar la situación, como son el arrepentimiento y el perdón. Y estos valores, desde la perspectiva de la reconciliación, tienen tanta trascendencia o más que la verdad o la justicia, porque dan más garantías, especialmente el arrepentimiento, de que nunca más en Chile se violen los derechos humanos.

Desde este punto de vista, hemos dicho que estamos dispuestos a perdonar a condición de que conozcamos toda la verdad y que ésta vaya acompañada del arrepentimiento.

Empero, el arrepentimiento

no supone admitir con humildad el error cometido, sea por acción u omisión, y esta disposición es diametralmente contraria a aquella que han mostrado la derecha y los militares responsables en el momento en que ocurrieron los hechos que condenamos. Con esta actitud, la derecha le ha pegado un tremendo portazo al llamado que hizo la Conferencia Episcopal y ha desoído la voz de los pastores, demostrando una tremenda incoherencia entre su discurso y su conducta práctica.

La opinión pública ha visto cómo esta soberbia va más allá de cualquier límite (si es que alguna vez la soberbia lo ha tenido); obsérvese la carta de Pinochet. Aceptamos que no está hecha en términos beligerantes, pero no hay una sola línea que reconozca algo de lo que la mayoría en Chile y la comunidad internacional lo acusan (no existe país alguno que haya salido en su defensa). Por otra parte, es alucinante observar el grado de paranoia con que actúa el presidente de la UDI, la furia que contiene, las mentiras que inventa y las fantasías que relata. Finalmente, en esta locura colectiva en que ha caído la derecha pinoche- tista, bástenos recordar las

opiniones de Augusto Pinochet Hiriart, cuando afirmó que aquí "no se había matado a seres humanos sino a bestias".

Por eso es muy difícil perdonar a quienes asumen una actitud de soberbia enfermiza y desconocen absolutamente todo aquello de que se los acusa: o bien no reconocen nada o, reconociéndolo, justifican todo. La derecha se obstina en no reconocer el daño que le han provocado a la mayoría de los chilenos. Nosotros, en cambio, no tenemos problemas en admitir nuestros errores y arrepentirnos de haberlos cometido. Es más. Nosotros ya lo hemos hecho y además hemos realizado un análisis muy crítico, casi autodestructivo por la responsabilidad que tuvimos en los acontecimientos sociales y políticos en los tiempos que antecedieron al golpe de Estado. Nosotros ya hemos realizado el gesto; ahora el problema es de otros, de ustedes, de los responsables de que en nuestro país se haya aplicado terrorismo de Estado.

Esta soberbia de la derecha ha sido una limitante para resolver la cuestión de los derechos humanos. Y no tenemos duda alguna de que si la derecha descubre que la verdad y el arrepentimiento, más que disminuir a la persona, la enaltecen, descubriría que los chilenos somos muy generosos.

Aquí no se trata de humillar a nadie. Existen diferentes formas o grados de expresar arrepentimiento, por ejemplo, reconocimiento de lo sucedido, reconocimiento de los errores, hacer su autocrítica o simplemente pedir perdón. Lo esencial es que se haga el gesto, para que nunca más...

Diputado del PPD.